

LEON PALLAIS S. J.

RAIZ HUMANISTA DEL RETO ESTUDIANTEL

En la Universidad nos enfrentamos a una apasionante realidad, a uno de los problemas más difíciles y por lo tanto más sugestivos de nuestra sociedad. Sería torpe minimizar este problema o intentar soslayarlo. De pronto, espectacularmente un grupo muy grande de nuestra juventud, mucho mayor de lo que se cree, ha lanzado a escala universal un reto, un movimiento de protesta. Y esto se está sintiendo hoy en todo el mundo.

Se suele dar a ese reto una respuesta superficial; es decir, un desentenderse de él a la ligera con explicaciones simplistas y más o menos convencionales de esa explosión universal. ¿En qué estriba esa inquietud y qué es lo que realmente la provoca? ¿Tendremos nosotros, los de arriba, los formadores de hombres, alguna culpa?

Para dar una respuesta habría que disponer de la historia, aún no escrita, de la juventud universitaria, Valdría la pena que alguien la abordase con valentía.

Pero una cosa creo que es verdad; en la rebelión estudiantil hay una serie de valores positivos que sería injusto silenciar. Sinceramente así lo creo. Y creo que esta rebeldía no tiene nada que ver con ningún tipo de compromiso político. Precisamente una de las cosas que más daño ha causado a la rebeldía estudiantil es el partido que, de ella, tratan de sacar, con un signo o con otro, quienes se empeñan en mirar los hechos con la mezquina óptica de una sicología banderiza y de una pobre estrategia de facción. Los estudiantes se han dado cuenta de ello y no están dispuestos a dejarse manipular. No quieren padrinos. Quieren decirle a la sociedad con su propia voz lo que ellos llevan como ideal bueno o malo, pero quieren ser ellos los portavoces de su grito. Están cansados de verse abandonados y de estar al servicio de quienes a la postre les dejan en la estacada y los usan como bandera.

Un primer análisis nos deja la idea de que ellos, al criticar todo no son nada. Yo creo que, más bien, son "alguien" más que algo. Son y exigen seguir sintiéndose personas. Y también quieren que los demás hombres puedan serlo.- ¿Y qué mejor ideal bien encaminado, que servir para que el hombre, nuestro hermano, sea verdaderamente hombre?

Se trata por lo tanto de exigir la libertad de todos y cada uno de los seres humanos que ellos consideran oprimidos, tanto en nuestros países de este lado del mundo, como en los países comunistas, y no ante todo y sólo por el Estado, sino principalmente por los moldes de la actual sociedad industrialista, a la que sin duda alguna estamos tan apegados, o nos encuentran tan comprometidos, los que representamos estructuras de derechas, los que todavía decimos que queremos seguir siendo cristianos.

— Ese cambio de estructuras que ellos exigen no es exclusivamente de carácter político sino universal, radical, esencialmente social. Y por eso encontramos que su oposición es total, una oposición sin excepciones, matices ni reservas, que protesta de todo y contra todo porque ellos creen, y meditemos si tienen o no razón, que no hay nada que siga siendo bueno si pacta con los implacables "mecanismos" que están apoderándose del mundo. Profesan una religión que podríamos llamar "religión de la negación."

En resumen, yo creo sinceramente que en esa rebeldía hay dos valores de máximo calibre: un anhelo profundo de libertad auténtica y sincera y una sed de justicia que es "social" en la más ancha acepción de la palabra.

— No sé si he sido algo generoso en mi interpretación. Yo he encontrado mucho de razonable en la protesta universal y no le tengo miedo en absoluto a enfrentarme al problema.

Creo que existe el peligro, digámoslo ya, de que aquello que el hombre político estima "necesario" lo haga "posible," sin medir en definitiva esa posibilidad por las normas de la moral. Cuando la técnica no está al servicio de la ética, el hombre acaba por convertirse en un esclavo de sus propias conquistas. Es natural y lógico que el hombre se afane por el bienestar, pero es necesario que salga de alguna parte alguna voz que denuncie los riesgos de ese paraíso técnico. Y esa voz debe salir de nuestra Casa, de nuestra Universidad, sin tener compromisos de ninguna especie.

Es función nuestra recoger y encauzar el reto de la juventud, porque ese reto tiene una profunda raíz humana y humanista, y exige, por tanto una respuesta humanista y cristiana que es precisamente la que puede y debe dar una Universidad Católica.